

Globalización, mercado y educación: una evaluación del futuro

Patricia Gascón Muro*
José Luis Cepeda Dovala*
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México.

*Profesores investigadores en la UAM-Xochimilco.
Correos electrónicos:
jcepeda@cueyatl.uam.mx
pgascon@cueyatl.uam.mx

Resumen

El proceso de globalización ha modificado gran parte de las actividades humanas. Por consiguiente, la educación también se enfrenta a nuevos retos para responder a las transformaciones ocasionadas por este proceso. Algunos analistas consideran que nos encaminamos hacia la consolidación de un modelo universal de educación superior, dirigido por la lógica económica: la capacidad de los Estados y de las propias universidades para definir sus planes de estudio, los saberes integrantes de las disciplinas y la oferta misma de su enseñanza estarían determinados, de manera creciente, por las necesidades de un mercado globalizado y cambiante.

Palabras clave:

Educación superior
Productividad
Mundialización
Empresas educativas

Abstract

The process of market globalization has changed large sectors of human economic activity. Education, too, faces new challenges as it responds to the changes brought about by this process. Some analysts believe that we are on the road to a universal model for post-secondary education. Directed by the logic of the economy, such a model would allow government and the universities themselves to define their programs. The courses and their content would be determined by the needs of a changing globalized market.

Key words:

Post-secondary education
Productivity
Globalization
Educational business

Los cambios sociales generados por la globalización y las nuevas tecnologías han obligado a los gobiernos de las sociedades del capitalismo avanzado a realizar estudios críticos de los perfiles curriculares de las instituciones de educación superior, con el fin de redefinir la función de estas últimas dentro de la nueva economía.

El proceso de globalización ha modificado gran parte de las actividades humanas. Por consiguiente, la educación también se enfrenta a nuevos retos para responder a las transformaciones ocasionadas por este proceso. Algunos analistas consideran que nos encaminamos hacia la consolidación de un modelo universal de educación superior, dirigido por la lógica económica: la capacidad de los Estados y de las propias universidades para definir sus planes de estudio, los saberes integrantes de las disciplinas y la oferta misma de su enseñanza estarían determinados, de manera creciente, por las necesidades de un mercado globalizado y cambiante. Así, la educación



Fotografía: José Ventura

se pondría fundamentalmente al servicio de la economía y se convertiría exclusivamente en una forma de producción de un tipo de mercancías cada vez más importantes para el capital: el conocimiento y la mano de obra altamente calificada.

Universidad y mercado

El Ministerio de Educación Nacional, de Investigación y de Tecnología de Francia nombró hace algunos años una comisión para la evaluación de la educación superior, presidida por Jacques Attali, que publicó un informe con sus resultados en 1998. El título del documento presentado nos informaba ya acerca de sus conclusiones: *Para un modelo europeo de enseñanza superior*. En su propuesta, los miembros de la comisión señalaban que los países europeos deberían, conjuntamente, definir un modelo de educación superior para dominar la mundialización, promoviendo los valores que les son propios. Para lograrlo, sugerían establecer una cierta armonización de los cursos y diplomas ofrecidos por las diversas universidades de la Unión Europea ya que, a su juicio, no podrá existir *la Europa del empleo sin la Europa de la educación*, pues la libre circulación de trabajadores implica la necesidad de poder comparar *el valor* de los documentos expedidos por las instituciones.¹ La relación entre educación y economía era evidente para los países miembros de la Unión Europea.

La comisión francesa advertía que el proceso de mundialización del mercado, aplicado a la educación, daría como resultado el establecimiento de un modelo universal de enseñanza superior, frente al cual el Estado se borraría, y en donde el mercado determinaría tanto los cursos como las carreras a impartir. Este modelo, afirmaba, se encontraba ya en gestación y, de seguirse desarrollando, las universidades se convertirían en una forma más de empresa. Estas nuevas empresas educativas competirían en el mercado mundial para atraer a los mejores factores de producción (profesores y recursos) y para conquistar clientes (alumnos). Su último fin sería maximizar las ganancias, y por ello la educación superior dejaría de estar a cargo de la colectividad para constituirse como una rama más del capital en busca de utilidades. Sólo los estudiantes que pudieran pagar sus estudios tendrían acceso a la educación y, para aquellos que fueran considerados como una posible inversión rentable, se establecerían mecanismos de financiamiento recuperables.²

Hemos retomado el análisis de la comisión para la evaluación de la educación superior de Francia porque presenta claramente las tendencias actuales a la mercantilización de la misma y subraya sus repercusiones sociales. A pesar de las recomendaciones de la comisión Attali, consideramos que los gobiernos tienen pocas posibilidades de poder dirigir los procesos en curso: una de las consecuencias de la globalización es precisamente que los Estados se desdibujan y ceden cada vez más sus facultades a instituciones meta-nacionales. Así las cosas, la noción misma de soberanía necesita ser repensada en la globalidad. De hecho, el proceso al que hacía referencia el citado informe ya funciona en varios países, estableciendo una gran diferencia entre las instituciones privadas y las públicas. Los productos de las primeras son mejor valorados en un mercado de trabajo en contracción, en el que la mayor oferta de empleo proviene de la iniciativa privada y no de los debilitados Estados. En este caso es la universidad privada, concebida como empresa, la que produce para satisfacer las necesidades del mercado. Las universidades públicas, en cambio, se enfrentan a una encrucijada: o producen lo que el mercado les dicta, o sus egresados verán aún más limitadas sus posibilidades de conseguir trabajo. Si optan por la primera alternativa, se verán obligadas a reformular sus planes y programas en función de las necesidades de la economía, y no de un proyecto de sociedad y de nación. Aun si así obraran, las universidades públicas competirían en condiciones cada vez más desventajosas con las universidades privadas debido, entre otras cosas, a los límites presupuestales que les asigna un Estado cada vez menos fuerte e independiente frente al capital transnacional.

Dentro de esta lógica no hay escapatoria: las instituciones públicas de educación superior tendrían que convertirse en empresas para poder sobrevivir frente a la competencia, o bien, desempeñar la función de organizaciones que generan *productos* invendibles o que sólo sirven para formar educadores y generar conocimientos en aquellas ramas que no interesan al capital. La posibilidad última es su desaparición. Esta situación es altamente preocupante, no sólo para las universidades sino también para toda la sociedad; lo cual nos obliga a repensar nuestro proyecto social y los medios para llevarlo a cabo.

Formación de élites y masificación de la educación

En las sociedades capitalistas, la educación superior ha estado reservada, fundamentalmente, a la burguesía y a las clases medias; ha garantizado la reproducción social y la distribución de los salarios y del poder. Ralph Miliband, en 1969, concluía:

Pero existe claramente la tendencia a la profesionalización del mundo de los negocios, al menos en el sentido de que el poder ingresar en esta carrera particular requiere, cada vez más, poseer los títulos educativos obtenidos en las universidades, o en instituciones equivalentes; y esto es todavía más cierto en relación a otras posiciones de la élite.³

Al analizar la composición de la población estudiantil europea y norteamericana, Miliband demostraba cómo *las clases media y superior* tienen muchas mayores posibilidades de ingresar a las universidades que las otras clases, en especial la trabajadora. Afirmaba:

Y a medida que la educación superior se difunde, va cobrando una importancia nueva, una antigua distinción *entre* las instituciones que la proporcionan. Algunas instituciones ofrecen facilidades de toda clase, mucho mayores que otras, disfrutan de un mayor prestigio y tienden más que otras a proporcionar reclutas para los puestos de mando de la sociedad. Estas instituciones, cuyo ingreso pone obstáculos más severos que otras, suelen ser más accesibles a los alumnos de las clases superior y media que a los de la obrera.⁴

Como se puede observar, la competencia entre las instituciones de educación superior se establecía, ya desde los años sesenta, en términos de la *calidad* de sus productos. Las de mayor prestigio tendían *más que otras a proporcionar reclutas para los puestos de mando de la sociedad*, por ello eran más demandadas y podían elevar sus exigencias de ingreso. Se cerraba entonces, y se cierra aún, cada vez más, el círculo de la reproducción social; eran y son los hijos de las clases media y superior los que están mejor posicionados para satisfacer las condiciones impuestas por las instituciones educativas más cotizadas.

Treinta años después de las afirmaciones de Miliband, los miembros de la comisión para la evaluación de la educación superior en Francia llegaron a las mismas conclusiones. Manifestaron su preocupación por el desarrollo de una tendencia, que podría ser cada vez mayor: la exclusión de las clases bajas de la educación superior. El fracaso escolar, afirmaban, toca sobre todo a los estudiantes provenientes de los medios *menos favorecidos*. Las desigualdades se acrecientan a medida que se asciende en el nivel de escolaridad: únicamente 7% de los estudiantes de tercer ciclo —nivel de posgrado— provienen de la clase obrera francesa.⁵

Se ha argumentado que las universidades han perdido su papel en el reparto de los puestos de trabajo y de la distribución de ingresos. Un título universitario ha dejado de garantizar el acceso al mercado de trabajo y a un mejor salario. Siempre han existido nichos del mercado en los cuales los títulos de educación superior no han representado ninguna ventaja comparativa, ya que las habilidades requeridas son diferentes a aquellas que desarrolla dicha educación. También es verdad que, en ocasiones, cierto tipo de trabajo manual es mejor remunerado que el intelectual debido a la relación entre la oferta y la demanda. Habría que probar que estos nichos se han multiplicado para asegurar que la educación superior ha dejado de desempeñar su papel tradicional. Nosotros consideramos que la explicación debe buscarse en el hecho de que el acceso a la educación superior se ha ampliado, sobre todo en los países desarrollados y que, por lo tanto, para poder competir en el mercado de trabajo deben cubrirse mayores niveles de exigencia.

Cada vez es más necesario contar con estudios de posgrado para posicionarse, en términos competitivos, en determinados mercados laborales. En Francia, por ejemplo, el número de estudiantes de educación superior se ha multiplicado por 70 en el presente siglo.⁶ Por ello es significativo el hecho de que solamente 7% del alumnado de la educación superior francesa provenga de la clase obrera.

La inequidad social en la educación continúa vigente, sólo que ahora se manifiesta fundamentalmente en la enseñanza de los posgrados, que son los que posibilitan, en mayor medida, el acceso al mercado de trabajo de las élites. Frente a una mano de obra con mayores estudios, las exigencias del mercado son mayores: los mínimos de

instrucción social han ido en aumento y, por ello, la función elitista de la educación superior se ha desplazado cada vez más hacia los posgrados y las especializaciones: la acumulación de títulos y de grados se explica en mayor medida por las condiciones de competencia del mundo laboral, que por la valoración intrínseca del saber.

Retos y oportunidades

Desde hace varias décadas, los estudiosos han señalado la importancia creciente del conocimiento en las sociedades modernas. Su papel en la economía, argumentan, es día a día más importante y determina, no sólo el precio de las mercancías y la jerarquía de los salarios, sino la estructura misma de la sociedad. El conocimiento se considera también fuente de poder y motor de las innovaciones productivas y del progreso.⁷ La sociedad se define como una sociedad de conocimiento y de información. Así por ejemplo, a propósito de la sociedad postindustrial, Daniel Bell señala:

El concepto de *sociedad postindustrial* subraya el carácter central del conocimiento teórico como eje alrededor del cual se organizarán la nueva tecnología, el crecimiento económico y la estratificación de la sociedad. Se intenta mostrar empíricamente que ese principio axial se está convirtiendo cada vez más en predominante en las sociedades industriales avanzadas.⁸

Pero, ¿Qué es el conocimiento? ¿Cuál es el conocimiento que sirve a la producción? ¿Todos los miembros de las diversas sociedades tienen cada vez un mayor acceso y manejo del conocimiento? ¿Se distribuye el conocimiento de manera equitativa entre las sociedades y entre los individuos? A medida que nos detenemos a reflexionar pareciera ser que, de nueva cuenta, pudiéramos afirmar: *todo lo sólido se desvanece en el aire*.

Si únicamente la lógica del mercado determinara la función de la educación, asistiríamos en los próximos años a una creciente jerarquización de los productos: en la cúspide encontraríamos aquellos reservados a las élites y en la base los de consumo masivo. Para poder ser considerados productos de alta calidad, tanto los estudiantes como los profesores y las instituciones tendrían que superar procesos de selección cada vez más estrictos: los procesos externos de evaluación que

se realizan en nuestro país califican ya estas *calidades*. De igual manera participamos, desde hace varios años, de una lógica productivista. La tendencia es instaurar el reino de la competencia. Dentro de esta estructura la enseñanza pública, ubicada en la base, estará, cada día, peor financiada al obtener malos resultados, según los valores mercantilistas; de manera que, de seguir así, veríamos acumularse el saber y la información en grupos sociales privilegiados y agravarse, aún más, las diferencias y desigualdades en la distribución del conocimiento. Actualmente, en nuestro país, como en muchos otros, la formación de las élites se separa de manera creciente de la que reciben otros sectores sociales.

La función de la educación en la reproducción social ha sido ya estudiada y demostrada, así como su papel en la recreación de las desigualdades sociales y en la justificación ideológica de las mismas.⁹ Sin embargo, no podemos negar que la educación ha desempeñado también un rol importante en la elaboración de nuestras concepciones y oportunidades de justicia, democracia y movilidad social. Sin una educación mejor para todos, y de manera especial para los menos favorecidos, ¿cómo podríamos imaginar la construcción de una sociedad de oportunidades, democrática y justa? La educación no debe, por lo tanto, limitarse a seguir las directrices de la economía, si bien estamos obligados a pensar cómo lograr que nuestros egresados compitan en óptimas condiciones de formación e información en el mercado de trabajo. No obstante, la función de las universidades debe trascender la lógica del mercado. La globalización es también una oportunidad que debemos aprovechar para promover la construcción de un mundo más equitativo e incluyente: un mundo con otros valores.

No todos los impactos sociales de la globalidad son negativos; algunos de ellos ofrecen, por ejemplo las nuevas tecnologías, posibilidades altamente democratizadoras. Es el caso de los medios de comunicación masiva, de la informática y de la telemática, que bien podrían ser utilizados para la construcción de ese mundo más equitativo. En este sentido, uno de sus empleos posibles sería el de ofertar una mejor educación para todos.

Desde hace varios años, por ejemplo, la televisión ha sido utilizada con fines educativos. En México, ha sido un medio para llevar educación

formal a las localidades que no cuentan con una infraestructura escolar suficiente, a través del programa conocido como telesecundaria. También se le utiliza para transmitir contenidos encaminados a fortalecer la educación informal, y para ofertar un entretenimiento de tipo cultural, por medio de lo que se ha denominado *televisión educativa* el cual cuenta con ciertos canales reservados para este fin.

Otro ejemplo del empleo de las posibilidades que brindan las nuevas tecnologías lo constituyen las universidades nómadas o virtuales; algunas instituciones de educación superior operan ya con programas desterritorializados a través de *Internet*, ampliando así la oferta de sus servicios y rompiendo algunas limitaciones de la geografía. La educación a distancia nos posibilita llevar a los mejores profesores y especialistas a cada educando, en cada universidad, a través de la telemática; los límites estarán dados por las diferencias de acceso, sociales y económicas, a las nuevas tecnologías: por ello podemos y debemos trabajar para democratizar y eficientar su uso. Los modos de enseñanza y aprendizaje se revolucionarán por los avances tecnológicos, ahora se abre la posibilidad de optimizar nuestros recursos mediante el establecimiento de redes de instituciones, de especialistas y de educandos. Los intercambios académicos se incrementarán y multiplicarán así, de manera acelerada y, al mismo tiempo, el trabajo colectivo se verá facilitado.

Pero, para poder aprovechar las oportunidades que nos brinda la telemática, deberemos satisfacer, de entrada, varias condiciones de formación. En primer lugar se hace imprescindible el dominio de otras lenguas (particularmente del inglés) para poder manejar la información disponible y facilitar la comunicación internacional. En la nueva globalidad, el idioma dominante de la nación dominante se ha impuesto como lengua de comunicación mundial: no podemos negar que un mundo globalizado requiere de un lenguaje común que facilite los intercambios, no sólo económicos, sino también sociales y culturales. En segundo lugar, será necesario el manejo de la informática, y en especial de *Internet* y las realidades virtuales. Pero, como información no es formación, las universidades deberán revisar y actualizar mucho más que sus planes y programas de estudio, con el fin de redefinir la manera en la que comprenden y presentan los objetos de sus disciplinas, además de abandonar las concepciones aislantes y parcializadas de los diferentes saberes, para poder abordar el tratamiento de los problemas, siempre complejos e interrelacionados, con un pensamiento también complejo e integrador de saberes provenientes de diversos campos. Si nuestra concepción como educadores no se transforma en este sentido y se traduce en la manera de presentar y de concebir los problemas, si no nos cabe el mundo en la cabeza y en cada una de nuestras disciplinas, no podremos dar cuenta de la globalidad, ni intervenir en ella. Un mundo global requiere un pensamiento global.

En un universo cambiante, en el que la producción de conocimientos se multiplica de manera acelerada, se hace necesario aprender a aprender para toda la vida. Las universidades tenemos que asumir el reto de estar constantemente actualizadas y a la vanguardia del conocimiento, si no queremos vernos desplazadas de nuestras funciones de formación e investigación. Nuestros planes y programas deberán conservar un equilibrio entre los saberes tradicionales, básicos, obligatorios, de nuestras disciplinas y los estudios abiertos a otras ciencias. Pero, y sobre todo, deberán desarrollar la curiosidad, la creatividad, la conciencia de la necesidad de una for-



Fotografía: José Flores Vega

mación permanente, así como la capacidad analítica y crítica, tanto en los educandos como en los educadores.

La educación universitaria debe entonces presentarse y concebirse como un proceso inacabado y continuo en el que la obtención de un título marca tan sólo el fin de una etapa. Nuestras instituciones deberán ofertar, constante y sistemáticamente, cursos de formación y de actualización, tanto para los alumnos como para los profesores. Ambos podrán tener en cuenta, además de otras consideraciones, las necesidades cambiantes del mercado de trabajo. Las universidades deberán concebirse a sí mismas como centros de formación permanente, abiertos a todos los sectores sociales, a todas las edades y a todos los saberes.

Los cambios generados en los procesos sociales por la globalización y las nuevas tecnologías significan también un reto y una posibilidad para construir un mundo mejor para todos: incluyente y más justo. La educación puede y debe desempeñar un papel fundamental en la edificación de ese otro mundo globalizado. Trabajemos para ello y para

que los valores y fines de la educación trasciendan y vean más, mucho más lejos, que la lógica del mercado.

Notas

- ¹ *Pour un modele européen d'enseignement supérieur*, introducción al informe de la comisión presidida por Jacques Attali en: *Le Monde*, Education, p. 2.
(<http://www.lemonde.fr/dossier/attali/index.html>).
- ² *Ibid.*, p. 1.
- ³ Miliband, Ralph, *El Estado en la sociedad capitalista*, siglo XXI editores, México, 1970, p. 41.
- ⁴ *Ibid.*, p. 44.
- ⁵ *Pour un modele*, *op. cit.*, pp. 7-12.
- ⁶ *Ibid.*, pp. 2-12.
- ⁷ Cf. Toffler, Alvin, *El cambio del poder*, Plaza & Janés, Barcelona, 5ªed. 1996.
- ⁸ Bell, Daniel, *El advenimiento de la sociedad postindustrial*, Alianza Universidad, Madrid, 1987, p. 138.
- ⁹ Cf. por ejemplo, Bourdieu, Pierre y Jean-Claude Passeron, *Les héritiers*, Les éditions de minuit, París, 1964.

